

PIROCromo

Revista estudiantil

Número 28 / Enero-Junio 2023

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro

Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín

Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera

Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera

Director General de Difusión y Vinculación

Mtra. Martha Esparza Ramírez

Jefa del Departamento Editorial

Dra. Sandra Reyes Carrillo

Coordinadora de las Revistas

para la Licenciatura en Letras Hispánicas



Imagen de portada:

Ensueño bajo el agua

Raquel Reynoso

Núm. 28 (2023): Sueño

PIROCromo, número 28, enero-junio 2023, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Departamento de Letras Hispánicas y el Centro de las Artes y la Cultura. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags., Tel. (449)9107400, ext. 58205, <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com. Editora responsable: Sandra Reyes Carrillo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102. e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Ivonne Lara Navarro, Avenida Universidad No. 940, Ciudad Universitaria, C.P. 20100, Aguascalientes, Ags. Fecha de última modificación 20 de febrero de 2024.

PIROCromo

Editora:

Ivonne Lara Navarro

Editoras adjuntas:

Fernanda Padilla Jiménez

Xamira Martínez Márquez

Colaboración editorial:

Natalia Montserrat Luna López

Consejo editorial:

Andrea Azucena López Rico

Andrea Xitlali Delgado Mandujano

Daniela Alanis Hernández

Fanny Jacqueline Rubalcava Terrones

Fernanda Padilla Jiménez

María Fernanda Sánchez Márquez

Misael Alejandro Delgado González

Disenyo gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:

L.D.G. Patricia Monserrat Ortiz Guzmán

Auxiliar editorial externa:

L.L.H. Aurea Ariel Avila Macías

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Twitter: @PIROCROMO

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Sueño

> NARRATIVA

Asociación del Sueño Humano

Arlette Armenta

4

Bajo el agua

Madrigal

9

Brisa que huele a sueño

Manzana Verde

17

El cuarto sol

Minerva Juárez Cruz

25

Matiné

Ivanhoe Herrera de Velasco

30

> POESÍA

A dónde van los hechiceros

Ulises Gómez de la Torre

12

Canto de la noche

Nelumbo

6

La mujer con cara de ciervo

Manzana Verde

28

Noctívaga divagación

Luján Luna

22

Una palabra insomne

Luján Luna

14

> HISTORIETA

Sopor

Mr. Pulp

21

El sueño de Julio

Carlos Sánchez Becerra

33



EDITORIAL

Este número ha sido dedicado por completo a un tema que nos transporta a mundos desconocidos y nos invita a explorar las profundidades de nuestra imaginación: los sueños. En esta edición, nos sumergimos en ese enigmático y fascinante reino, fusionando colaboraciones gráficas y textos literarios para crear un universo vibrante y cautivador. Hemos reunido una colección de obras que capturan la esencia y la magia de esta experiencia única y personal.

Los sueños, esos destellos efímeros que emergen en nuestra mente mientras dormimos, han sido objeto de fascinación y especulación a lo largo de la historia, pero también lo han sido para la inspiración y el desarrollo del arte en sus múltiples maneras de presentarse. Las páginas de esta revista se convierten en el lienzo en blanco sobre el cual los artistas y escritores han plasmado sus visiones y han compartido un poco su percepción del onírico con el lector.

Desde las delicadas y enigmáticas ilustraciones que dan vida a los sueños en formas y colores, hasta los textos literarios que desentrañan los secretos ocultos en cada escena onírica, nos embarcamos en un viaje que desafía los límites de la realidad.

A medida que se adentren en las páginas de *Pirocromo*, descubrirán una variedad de enfoques y perspectivas sobre el tema de los sueños. Desde los sueños surrealistas que desafían la lógica hasta los sueños vívidos que reflejan nuestros deseos y temores más profundos, esta revista ofrece una panorámica rica y diversa de las múltiples facetas de la experiencia onírica.

Consejo editorial

Asociación del Sueño Humano

Arlette Armenta

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

iFelicidades! Usted ha sido aceptado en la Asociación del Sueño Humano (ASH). Su trabajo comenzará el próximo lunes en las instalaciones, allí le asignaremos su oficina y un humano, pero antes queremos hacerle saber algunos de los aspectos generales de su trabajo:

1. Debe saber que su horario de trabajo depende totalmente de su humano asignado, ya que hay los que duermen mucho y los que quieren desafiar a las necesidades humanas durmiendo apenas unas horas. De igual modo, hay humanos organizados que se van a dormir todos los días a la misma hora y los que cada día cambian de horario.
2. La oficina de los directores del color será la responsable de si los sueños de su humano son a color o a blanco y negro (a veces se les acaba la tinta).
3. Recuerde que uno de los lemas de la empresa es “más emociones negativas que positivas”, así que no tema en presionar constantemente el botón dedicado a las pesadillas.
4. Si usted ve que algo le preocupa a su humano, no dude en recordárselo mientras duerme y, de paso, ejecute la acción anterior.
5. De vez en cuando tiene permitido hacer que a su humano se le olvide algo importante en su sueño para que no cometa el mismo error cuando despierte, ya verá que, a pesar del buen susto, se lo agradecerá.
6. Si nota que su humano está teniendo alguna dificultad o preocupación emocional en la vida, puede mandarle mensajes a través de los sueños, pero no sea simplón y hágalo de manera metafórica, le dejaremos en su escritorio una guía de significados de los sueños (en este caso se puede omitir el último punto).

7. Durante la pubertad y adolescencia de su humano asegúrese de insertar constantemente el tema “ser perseguido” en el sistema. Puede hacerlo también después de estas etapas, nunca está de más algo de acción.
8. Recurra a la sección “Recuerdos del pasado” cuando tenga nostalgia. De igual forma, tiene permitido molestar de vez en cuando a su humano recordándole a su ex o esa persona que le gustaba y que se esfuerza por olvidar.
9. Si se encuentra aburrido y no tiene idea de qué hacer en el sueño, puede activar la función “Cadáver exquisito” (un modo aleatorio de creación de sueños). Prepare sus palomitas y vea qué cosa sale.
10. Por último, pero no menos importante, al terminar su jornada de trabajo borre la memoria de su humano. Usted cuenta con un tiempo límite para este paso, por lo que tendrá que correr hasta el Centro de Control de Memoria y accionar la palanca indicada. Tenga en cuenta que no siempre alcanzará a llegar y está bien, algo de lo sucedido en su mente alcanzará a borrarse de todas formas.

Estaremos contentos de recibirla en nuestras oficinas.

Atentamente, Asociación del Sueño Humano.

Canto de la noche

Nelumbo

Ama de casa

Viento que sopla, da melodía;
grillos que cantan, denme armonía:
le voy a tejer, entre luces y sombras,
un puente de notas de voces nocturnas.

Frágil creatura, cierra los ojos,
deja tu alma mecida en mis brazos.
¿Di por qué temes, frío y negrura?,
si plata te baña y brillos te arropan.

Oye, bendito, la canción de tu nana,
con su son te llama, y a su reino te invoca:
a la crí, crí, crí, se hila el camino,
a la ro, ro, ro, avanzan tus pasos.

Cruza el umbral con los ojos abiertos;
que vean mi mundo, mundo de sueño:
el cristal de vida, el espejo de muerte,
donde las leyes son cual delgadas paredes.

Donde el Coco baila y los diablos brincan,
tu boca esboza inaudita sonrisa,
mas el tú que vigila y no lo soporta,
su locura oculte en borrosa memoria.

Es mi canción la llave del reino;
si quisieras volver, así te regreso,
para dejar este mundo en alegre silencio,
sin romper el canto de grillos y viento.

Despide a los diablos con que bailaste,
desvanece tu risa, cierra los ojos.
De mi ro, ro, ro vuelve los pasos,
y del crí, crí, crí, deshila los lazos.

Ve donde el sol te dé melodías,
no serenatas que canten mis coros,
goza la vida que al sentido deleite,
aunque sepamos bien que será breve.

Mas si despertarte ya no quisieras
y decides cruzar el mar de la muerte,
que sea mi voz la luz del camino,
el postrero fanal que se extinga contigo.

A la ro, ro, ro, te canta la noche,
a la crí, crí, crí, te cantan los grillos,
a la flu, flu, flu, te canta el viento,
y aquí es mi adiós
hasta volver a vernos.



Mi hombro gravío, Ío Vereda

Bajo el agua

Madrigal

Letras Hispánicas UAA, 8º semestre

Cuando desperté, tumbada sobre mi espalda en una superficie fría y sorprendentemente lisa al tacto, entré en pánico. Altos muros de color blanco crudo se extendían a mi alrededor, rodeándome, resguardándome dentro de un capullo que sólo me permitía distinguir destellos de luz asomándose por un agujero que separaba las paredes, abriéndose muy por encima de mi cabeza.

Me incorporé con lentitud, apoyando mi peso en los antebrazos y presté atención al color crema de las murallas y a las manchitas de marfil que pintaban el suelo, dándome cuenta de que estaba descansando sobre porcelana fina; frágil, translúcida y porosa.

Durante un segundo me pregunté qué estaba pasando, cómo había terminado aquí, pero ese pensamiento pasó a segundo plano cuando me di cuenta de que no estaba sola. Él estaba conmigo. Me levanté, sintiendo un escalofrío atravesarme la espalda cuando mis pies descalzos golpearon la porcelana frígida y astillada con cada paso que daba, acercándome a él. Estaba tumbado sobre su estómago, tenía los ojos cerrados y el rostro carente de color; me asustó que pudiese estar muerto, pero no lo estaba. Al sentirme a su lado, abrió primero el párpado derecho, permitiéndome vislumbrar el brillo en su iris, y después el izquierdo, haciendo el amago de una sonrisa con la comisura de los labios. Él extendió su mano en dirección a la mía y, cuando yo estaba por sujetar la suya, un líquido oscuro y caliente comenzó a caer sobre nosotros desde el hueco entre los muros, empapándonos.

El líquido estaba siendo vertido con tanta rapidez que pronto me llegó a las rodillas y a él casi le cubría la cabeza, si no hubiese sido porque lo jalé, poniéndolo en pie. Sujeté su mano con fuerza cuando pinchazos de dolor atormentaron mi cuerpo con cada contacto del fluido caliente. Cuando éste cubrió mi abdomen y a él le llegó a los muslos, la piel se me había enrojecido y adormecido; cuando le cubrió el pecho y a mí me llegó al cuello, él soltó un grito.

Todo mi cuerpo estaba en llamas, sentía los miembros hinchados y ampollas naciendo desde debajo de la piel. El recipiente fue llenado hasta que sobrepasó mi altura, obligándome a soltar su mano cuando no pude soportarlo más y la agonía se intensificó al sentirme ahogada por el líquido hirviendo.

“Sácame, estoy bajo el agua”.

No sólo me ardía la piel, también sentía la garganta y el pecho desgarrándose a causa del calor abrasador que envolvía mi cuerpo mientras luchaba por retener el aire, por sacar la cabeza del agua y volver a respirar.

“Sálvame, sigo bajo el agua”.

Logré salir a la superficie, impulsándome a nadar a través del líquido ardiente que había estado sofocándome. Jadeé, luchando por inspirar, y cuando volví a respirar con normalidad lo busqué frenéticamente con la mirada. Estaba lejos de mí, con un mar de líquido oscuro interponiéndose entre nosotros, tosiendo repetidamente y escupiendo el agua hiriente que había entrado en su boca, seguramente dejándole, como a mí, un regusto amargo a especias. Cuando me miró, con la desesperación que yo misma sentía reflejándose en sus ojos, y extendió nuevamente su mano en dirección a la mía, casi podía escucharlo pidiéndome ayuda.

“Extiende tu mano, dame tu aliento, ¿no me ayudarás?”

Horrorizada, me di cuenta de que comenzamos a balancearnos peligrosamente, como si estuviésemos cayéndonos hacia un lado. Lo miré una última vez y él me devolvió la mirada, cuando el recipiente que me contenía, que *nos* contenía, terminó precipitándose hacia el vacío, con el líquido caliente desbordándose, llevándome con él como si estuviese siendo arrastrada por la indómita corriente de un río. Mientras caía, fui vagamente consciente de que, efectivamente, había estado recluida dentro de porcelana fina; dentro de una taza.

Cuando la taza se estrelló contra el piso, quebrándose, yo me rompé con ella, y no supe si él también lo hizo.



a dónde van LOS HECHICEROS

Ulises Gómez de la Torre

Escritor independiente

Soñé que era un cuervo,
que en la punta de aquel prístino cerro
ufanos ancianos fumaban cigarrillos.

Soñé con un campo
donde las hormigas devoraban
mis ojos sonámbulos...

donde niños con máscaras de mono giraban
alrededor de una lechuza;
la criatura era un ave que no tenía ojos.

Soñé que las serpientes hurtaban mis manos
desollándolas para no morir de frío...

Soñé que de mi pecho
nacía una flor carnívora...
y que en el árido torrente
se agudizaban los aullidos de una laguna.

Soñé que envejecí hasta quedar ciego,
que surqué un machete entre mi menguante costilla...
que durante tres meses no busqué refugio
y me dejé morir de hambre.

Soñé con un pueblo desolado
donde nunca mendigué un siglo:
... donde nunca pedí tierras
para cultivar el ombligo de mis bastardos.

Una Palabra insomne

Luján Luna

Lic. en Lengua y Literaturas Hispánicas UNAM

Ya está caminando la tarde
el cansino sendero del cielo,
que frunce su nuboso ceño
frente al espejo astillado de la lluvia,
en que resuena el lejano reflejo
de un trémulo eco
y el silencio argénteo se estremece
en la ansiedad aterida del muriante,
cuya lívida mano delinea
un retrato preciso
de su rostro desdibujado,

cuando la muerte se mira
frente al espejo astillado de la lluvia
y mira el suave desgarro de la nube
y el hirsuto reposo de una gota,
es tal el asombro de su sombra tenebrosa
y tal el rubor de su arrobo arrebol
que de tentar trata detentar
el color del viento
al sépalo azul de la primavera,
y al sol florido del estío;
al crepúsculo marchito del otoño,
y a la blanca podredura del invierno,
y, al tocar un hombro a la nieve,
su espanto palidece a lo albo;
queriendo adormecer las heridas del cadáver viviente
consigue solo despertar su quejido hiriente,
porque no comprende la muerte,
la una, la sola, la muerta,

la secuencia que disgrega la vida:
un atar de ser
una tarde ser
un atardecer.

Si la lluvia desnuda mi cadavérico aliento,
es un meandro cruento,
que contorna la inefable hiperestesia
de la piel abismada
en el remanso del placer y del dolor,
donde converge un grito ambiguo,
el grito suplicante de la mirada,
bajo mis párpados
se esconde la muerte,
que teme morir;
sueña con despertar de su sueño,
exhuma los restos de una frase,
prodiga los signos de la pregunta insomne,
buscando una salida
que la adentrara,
una respuesta
que no la implicara,
en la vívida ausencia de un recuerdo
en la nula duda de la luna muda
la noche confía un sórdido secreto
al absorto cadáver de la madrugada
en el límpido sepulcro del silencio
la letra muere,
la letra se propala
en el epitafio obsesivo del silencio;
busca la silueta de su voz
en el noctívago aullido de un perro,
en la clara reticencia de la sombra;
la presencia de la muerte
me ve dormir,
en una palabra insomne
me escucho morir.



La mortadela, Carlos Sánchez Becerra

BRISA QUE HUELE a SUEÑO

Manzana Verde

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5º semestre

Desde que tengo memoria, mi mamá y yo hemos tenido nuestros rituales a la hora de dormir. Aquel momento en la noche donde sólo éramos nosotras dos, sin las preocupaciones del mundo exterior. Me arropaba en mi cama, se sentaba a mi lado y juntas creábamos historias para dormir. Eran relatos pequeños y muchas veces sin sentido, pero eran nuestros. Todas las noches dejábamos nuestra imaginación volar por la habitación, donde inventábamos monstruos sin manos que querían comerse nuestras tripas o barcos que naufragaban en una isla en medio del océano.

Sin embargo, no todos nuestros relatos eran abstractos o con seres malignos. Muchas veces sólo éramos ella y yo corriendo por un prado de flores o nadando en un lago. Este ritual tenía un lugar muy especial en mi corazón y en las memorias que colecciónaba mi alma. Estos cuentos, nacidos a tempranas horas de la noche, estaban hechos para sólo ser escuchados por nuestros oídos, ser vistos con nuestros ojos y ser hablados por nuestras bocas.

Era un ritual que sólo mi madre y yo podíamos llevar a cabo. Un ritual que terminó súbitamente la noche en la que morí.

No fue una muerte esperada ni tranquila. Solamente llegué a vivir un total de nueve años. Desperté en lo que parecía una fosa común, a juzgar por la tierra seca que aprisionaba mi cuerpo y por el incesante llanto de los muertos a mi alrededor.

Mi primera reacción al entender que había muerto fue llorar, por lo que ahora era y por lo que alguna vez fui. Mi llanto se unió al resto de aquellos a mi alrededor, un canto que sacudía la tierra y estremecía al viento que soplaban encima nuestro.

Me preguntaba por mi madre, por dónde estaría. Me preguntaba si estaba triste, buscándome o si sabía que había muerto.

Después de mi sorpresa inicial descubrí que, aunque mi cuerpo yacía inerte, mi alma aún permanecía brillante y podía sumergirme en

la tierra de aquella fosa y nadar entre el resto de los cuerpos muertos y almas que me acompañaban. Aún podía encontrar a mi madre.

Empecé a buscar a mi mamá en el canto de voces a mi alrededor, buscando su particular forma de llorar, aquella forma tan singular que tienen las madres de doblarse a la mitad en llanto y expulsar su desolación en forma de lágrimas. Intenté distinguir su cuerpo, aquel que me había sostenido entre sus brazos cientos de veces y me daba el refugio que tanto necesitaba. Nadé entre aquel mar de miseria tratando de llamarla, pero después de todo, no la encontré.

Con el tiempo entendí que no se encontraba en el mismo lugar que yo, o si estaba muerta siquiera. Continuamente me frustraba al querer salir de la tierra a buscarla con los vivos; empujaba mi alma contra la fría tierra intentando llegar a la superficie, pero me era imposible escapar de la prisión que era estar muerta. Comprendí que no habría forma de salir jamás de aquel encarcelamiento.

Lloraba al sentir que jamás volvería a reunirme con mi mamá.

Al cabo de mucho tiempo, cuando la piel de mi cuerpo empezó a desaparecer y mis huesos se mancharon con la tierra, el viento se acercó y me preguntó por qué lloraba tanto, cuando el resto de los muertos parecía haber aceptado su destino y caído en el silencio eterno. Le platicé sobre mi madre y lo mucho que la extrañaba, mis intentos por buscarla y el fracaso de mis esfuerzos.

Conmovido, el viento se arremolinó sobre la tierra que me apriisionaba y se sentó. Probablemente algo vio en mi deteriorado cuerpo o en mi agotada alma que le angustió lo suficiente para detenerse a escucharme. Le hablé sobre el ritual que teníamos y lo mucho que deseaba volver a estar con ella, lo mucho que anhelaba estar de regreso en mi cuarto, arropada y viendo su rostro mientras narrábamos historias para dormir.

El viento escuchó sin interrumpirme, dejando que mi voz se encendiera después de mucho tiempo estar apagada. Cuando finalmente acabé, puso su mano sobre la tierra encima de mí, como una pequeña caricia, y prometió ayudarme en mi búsqueda.

Era una promesa difícil de cumplir y ambos lo sabíamos. Las probabilidades de poder encontrar a mi madre, sin saber si estaba viva o muerta, eran demasiado escasas; era una apuesta contra el destino, como meter una nota en una botella y lanzarla al mar en la espera de

que llegue al otro lado del mundo, justo con quien deseabas que la leyera.

La promesa implicaba un plazo indefinido de tiempo de búsqueda y con pocas probabilidades de éxito, pero entendí que no tenía nada más que perder y era otra forma de mantener viva la memoria de mi madre. Acepté su promesa y pasé mucho tiempo buscando formas en las que podría contactarla y hacerle saber qué había sido de mí.

Con el tiempo llegué a una idea con la ayuda del viento. Continué nuestro ritual y creé nuevas historias. Las hacía pensando en aquellas que habíamos inventado anteriormente y mantenía algunos personajes que habíamos creado juntas. Cada vez que podía se las susurraba al viento, que llevaba mis palabras sobre su brisa en búsqueda de mi madre. Él esperaba a que el mundo durmiera y, con el silencio de la noche, esparracía mis cuentos en forma de sueños por todas las calles, casas y callejones, con la esperanza de que algún día encontraran a mi mamá y, así, por medio de los sueños y pesadillas que yo le mandase, supiera que su hija la estaba buscando.

Pasaron muchos años y muchas historias había creado ya. Mi cuerpo había desaparecido completamente y existía sólo como un recuerdo de lo que alguna vez fui. Sin tener ninguna noticia de mi madre, una pequeña amargura empezó a extenderse en mi corazón, una naciente raíz de agobio se había implantado en mi alma, pero seguí contando mis historias.

En lo que me pareció una vida entera, nuevos cuerpos llegaron a la fosa y con ellos también la súbita ola de tristeza que inundaba la tierra. El llanto parecía que nunca se iba realmente, sino que tenía pequeñas temporadas de silencio hasta que llegaban nuevos muertos y volvía a empezar.

Con cada muerto que llegaba obtenía un poco de información sobre el mundo de los vivos y cómo iba cambiando. Por lo que podía entender, debieron pasar un par de décadas desde mi muerte. En estas conversaciones surgió espontáneamente, como una chispa, una pequeña voz que narraba una de las miles historias que le contaba al viento. Me acerqué al alma, desesperada, con lágrimas de emoción en mis ojos que murieron rápidamente al notar que aquella voz no era del alma de mi madre, sino del alma de una joven que había muerto demasiado pronto.

Le pregunté cómo conocía esa historia y me contó que la había leído hace tiempo. Era un libro. De alguna forma, el viento había entregado mis palabras en forma de sueño y había inspirado a su huésped lo suficiente para volverlo un libro. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, una sonrisa se asomó por mis labios.

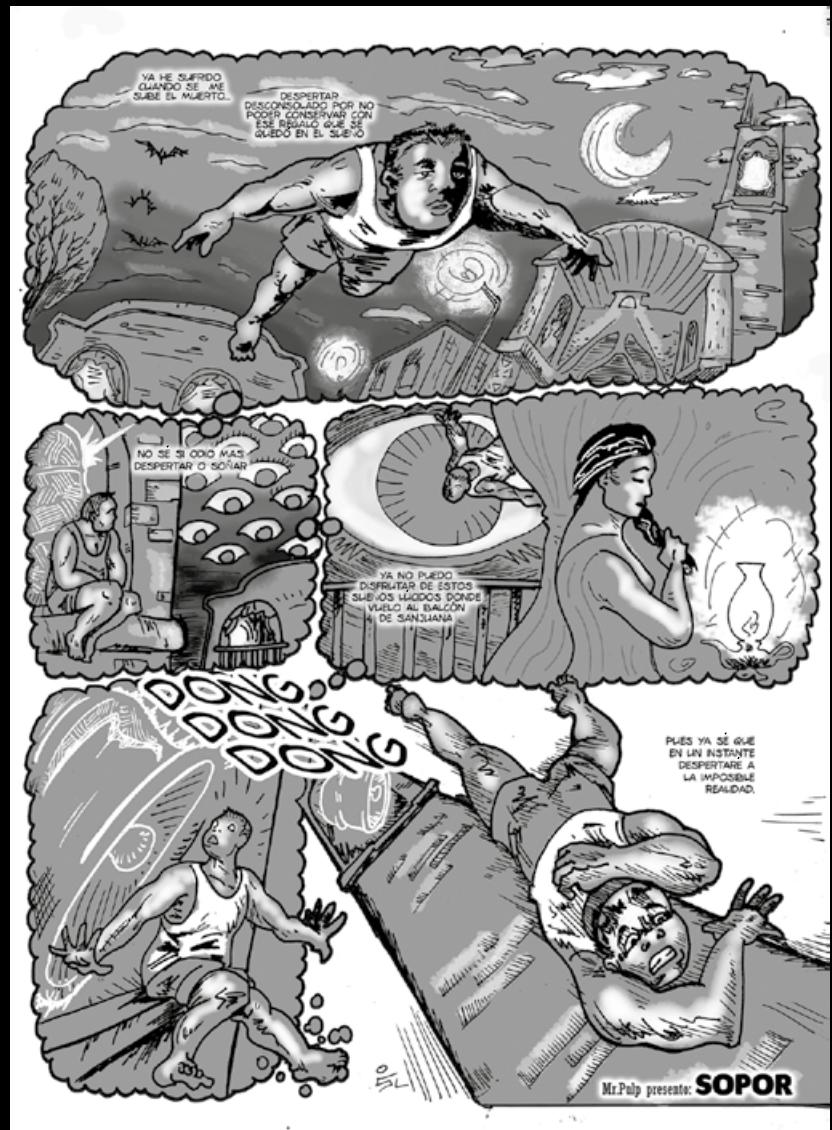
Si había libros que contaran las historias que creaba, las probabilidades de que mi madre las encontrara eran ahora mayores. Puede que yo llevara ya mucho tiempo muerta, pero mi voz e historias vivían por mí.

Seguí narrándole al viento, ahora buscando una forma más directa de llamar la atención de mi madre. Incluso empecé a incluir su nombre en mis cuentos esperando que si un vivo soñaba con mis historias y decidía publicarlas en libros, fuera lo suficientemente amable de dejar el nombre de mi madre.

De esta forma viví miles de vidas, a veces siendo una bruja, artista, un monstruo sin cabeza y otras siendo yo misma, caminando de la mano con mi mamá. Mi voz y mis historias me habían permitido tener una fracción de la vida que pude tener y que me arrebataron. Me habían quitado mi cuerpo, pero no pudieron quitar mi huella.

Así, en una noche donde me encontraba susurrándole al viento una nueva aventura, escuché una voz familiar, una luz en medio de la oscuridad. Mi corazón dio un vuelco cuando escuché mi nombre salir de su boca a gritos.

Estaba buscándome.



Noctívaga divagación

Luján Luna

Lic. en Lengua y Literaturas Hispánicas UNAM

Los párpados me precipitan por el abismo de la noche:
me veo postrado en un sepulcro de suave tierra.
Descenso a un momento de inexistencia;
los matices que trasciende el plumaje del cuervo
dibujan alas a la mirada
que, astuta, desde la oscuridad depreda
y planea sobre el precipicio del insomnio
y planea un ardid al tiempo.
Sigilo atemporal,
mas sigilo inexcusable,
la angustia aduce pútridos motivos
que raspan la garganta del absurdo;
que amenazan con mancillar el silencio
cuyo discurso es ademán esclarecido,
diamante de monólogo cristalizado,
piedra hecha luz,
refracciones de sólido concepto,
que vislumbran el confín de la madrugada
adyacente al inerte grito de la cascada;
polvo sediento de circulación o de carroña,
el buitre sordo bebe un cáustico sorbo en el manantial
subyacente a un razonamiento supeditado
a la sombría visión del sueño delatado
por las huellas olvidadas en la ciénaga.

Noctívaga divagación.
El légamo entre los dedos se hunde.
Las manos estranguladas por una sequedad de sangre.
Negra aridez que circunda los ojos
anegados en una espesura de pestañas pétreas,
estalactitas y stalagmitas en el rostro extraviado
de la cueva insomne,
en que la ceguera agota el espacio
y, acontece, queda la luz extenuada.
Sombras sudorosas.
Memorias cóncavas en la pared.
La quietud edifica la mente
intersticial entre los muros de la piel.



Insomnio, Dni



EL CUARTO SOL

Minerva Juárez Cruz

Profesora de Letras Hispánicas

La colcha calatea me sostiene, siento que levito; tal vez, sueño con ligereza y, de fondo, las alegres voces de los niños cantan en la banqueta: “naranja dulce, limón partido, dame un abrazo que yo te pido”. Me cubro el rostro con mi brazo para evadir los rayos del astro que se cuelan por la ventana, la cual se sitúa en medio de la pared. Las cortinas son color del atardecer o tal vez pelirrojas, lo cierto es que las paredes son todas naranjas, enteras, ninguna por la mitad, y ruedo de repente por el suelo sin saber en qué momento he caído de la cama. Adentro, muy adentro, la langosta que tengo por corazón se preocupa de ser devorada por algún caramelito. Sin querer, me escurren gotas de miel y existe un temor ante la burla de las abejas que habitan los rincones del cuarto sol. Los pequeños continúan: “si fuera falso mi juramento, en otros tiempos se olvidarán”. Con poca energía, me levanto para observarme en el espejo, encontrando en mi rostro una sonrisa cuarteada y un par de ojos cansados de tanto esperar. Zumban que zumban las abejas del cuarto sol, amotinándose en mi cuerpo para succionar lo dulce. Afuera se logra escuchar: “toca la marcha, la marcha toca, a mi casita yo ya me voy”. Abro las cortinas para pedir ayuda, y los pequeños ya están lejos, solo me queda ser absorbido, sin oposición a los aguijones, mostrándome cosquilloso ante el aleteo del centenar de abejas que me devoran. Cerca del panal, los pequeños terminan la cancióncita: “a la cocina yo voy corriendo, a comer dulces y no les doy”.



Noche nublada, Dni



Sueño sin more, Ilse Carolina Navarrete Ibarra

La mujer con cara de ciervo

Manzana Verde

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5º semestre

“Bebe”, dijo la mujer con cara de ciervo
y sus cuernos chorreantes de miel acercó.
“Lo más bizarro que verás seré yo”, dijo,
mas aparentemente se equivocó.

La tierra me tragó
y me abracé de las raíces a mi lado,
“sácanos de esta soledad”, gritaron,
pero de mi boca solo salió barro.

Trepé a la superficie y una mano me auxilió,
“ayúdame a encontrarme”, suplicó,
pero no vi el resto del cuerpo alrededor.

Me deslicé entre sus dedos y a un bosque caí,
“libéranos de esta prisión”, dijo una fuerte voz.
Quise gritar, pero solo silencio salió.

La mujer con cara de ciervo reapareció,
“¿en el momento de mayor miedo
es difícil reconocer tu propia voz?”
y en mí se transformó.



Matiné

Ivanhoe Herrera de Velasco

Docente de Inglés UAA

Aquella tarde me encontraba en la oficina mientras mantenía fija la vista en la ventana que está a un lado del garrafón. Vi clarito cómo corría por la azotea del edificio contiguo hacia la cornisa y me precipitaba con dirección al pavimento. Azoté y escuché un crujido; lo último que pude reconocer fue el color carmín cubriendo el asfalto. Pero no. Luego rebobiné y concluí que aquello había sucedido demasiado rápido y sin sabor. La concurrencia ni un grito pegó. Qué ojete es la gente. A lo mejor si hubiera imaginado a una donita, y no a puro trajeado, de perdido me hubiera echado la bendición. Pero divago. Volví a tomar vuelo, me puse los audífonos y adelanté la canción en el celular porque, aunque la urgencia era mucha, uno es quien es y a mí me da por coreografiar el dolor y escenificar mis tragedias. Puse *Free bird* desde el minuto cuatro con seis segundos, que es donde se disipa la duda y la resolución va agarrando valor. No es cierto, estoy contándolo mal. Arranca con la cámara en primera persona y el sonido del viento conjugándose con el ritmo pesado de la respiración de quien ha batallado en subir las escaleras al no funcionar el elevador que ayer dijeron que ya quedaba, pero nomás no; puras largas. El sudor recorriendo el rostro, no sé si por miedo o por falta de forma. Empieza a entrar la música. Corte a un plano abierto con lente amplio, luego un *zoom* hacia el temblar de mis dedos que se van transformando en puño con el acelerar del *riff* de la canción. El pie izquierdo da un paso por delante del derecho y floto como bailarina. Debatí largamente si utilizar palomas blancas o grises para simbolizar el despegue. Elegí usar ambas. Cámara lenta y tres ángulos diferentes para el salto. Por atrás, desde arriba y de lado. Me puse a llorar de imaginar que iba volando. Hacia abajo, pero volando. De puro pensar que al día siguiente no tenía que ir a trabajar. Y corte.

Ya ni me dieron ganas de seguir echándole ganas a la chamba (no, pos cuándo), pero faltaba rato para ir a tomar el lonche. Costilla de puerco en salsa verde, frijoles y a lo que supiera el túper. Puro recalentado de la boda de Lupe. Qué bonita fiesta. Y bonita la muchacha que tenía en la mesa de enfrente. Güerita de ojo verde, chaparrita y medio abotijada. Toda alegre. Venía con una señora y nadie la sacaba a bailar. Y sí hice el intento. Bueno, no es cierto. Se fue antes de aventarme.

Clarito lo vi. La conocí bailando al sonsonete de una cumbia cuyo ritmo alegre disfrazaba una letra que hablaba de la desesperanza que produce el amor. La cual me impulsó a sacudirme la pena y dar un paso al frente, tomar la iniciativa, extender la mano y preguntar, así sin más, si me permitía aquella pieza. Y yo creo se le hizo simpático porque me dijo que sí. O porque ya la tenía harta aquella señora que, yo supuse, era su madre. Y supuse bien. Años más tarde Valentina (que así se llamaba la muchacha) me confesaría cómo aquella noche accedió a bailar conmigo por pura obra y gracia de una matriarca (de nombre Concepción) que, rauda y voraz, tuvo a mal criticar cada aspecto de sus hábitos alimenticios y la repercusión en la talla del vestido. Que sólo me dijo que sí para quitársela de encima, pero que luego la cautivó que la mirara bonito. Y bailamos dos, tres y cinco canciones; a ella le gustaban los Ángeles y a mí los Tigres del Norte. Vueltas, giros y empellones. Mis dos pies izquierdos haciéndome girar hacia su costado, trastabillándola y propiciando que por primera vez se entrelazaran nuestras manos y miradas. Su brazo sobre mi brazo, beso bajo las luces, arrumacos y apapachos.

El siguiente domingo fuimos al teatro del parque con el lago, ahí donde nadan los patos. Valentina montaba escenografías y diseñaba el vestuario de una obra que, de tener momentos regulares, pasaba a ser malita. Nomás repito lo que ella decía; yo ni sé de teatro. Sólo era feliz de estarla contemplando, tomados de la mano bajo el sol de mediodía. Recuerdo que le agarré tirria al director porque, cuando se paró a saludarnos, no le soltaba el brazo y le pasaba la mano por la espalda. Viejo verde y depravado. Pero ella no daba vuelo; lo toreaba con elegancia y lo abría con una sonrisa. Qué hermosa y derecha la Valentina. Si tan solo me hubiera animado. Pero no. Con mi suerte me hubiera dejado por otro más rico y guapo. El director. Zorro gris acaudalado. Maldito anciano. Me quedé con los recuerdos y un perro que habíamos adoptado, el Benito. Pobre Benito, cómo le llora y la extraña. Cómo le digo

que me dejó a mí y no a él. Cómo le explico que soy poca cosa. Qué bueno que no la saqué a bailar. Benito y yo solos en la casita de Fray Bernardo, la que compramos en el centro, atrás de Madero. No tan en el centro. En la parte bonita donde hay cafés y un parque para pasear a los perros. Y una cochera que rentamos para meter los carros; un Audi, un Mustang y un Camaro. Valentina se quedó con todos ellos y la otra casa, la grande. La del norte. Doscientos cincuenta millones de pesos de puro Melate que se fueron en un divorcio que me dejó exhausto. Y yo ni dije nada porque entendía que había más cosas aparte del otro; mi pasividad y mi falta de ambición para perseguir un fin más alto y noble que el de descansar. Yo decía que para eso era el Melate, para ya no trabajar; que sólo quería tiempo para contemplar la vida y perderme mirando un cielo que, por primera vez, me traía paz y que no me exigía perfección. Nomás ser y estar. Entonces le dije que ya se parecía a su madre y ya de ahí no hubo vuelta atrás.

El otro, por supuesto, sabía escuchar más y mejor. Más acaudalado no podía ser. Tengo que corregir los detalles, aunque soy por sentado que agraciado sí era. Cómo no va a estar guapetón. Jodido que estuviera más horrible que yo. Así, ¿cómo la invitaba a bailar? Ya lo único que me quedó fue resignarme a verlos desaparecer tomados de la mano con rumbo hacia el camino tupido de verde que adorna la Alameda. Al final ella se fue haciendo poco a poco transparente, desvanecida entre folders, carpetas y legajos; facturas no capturadas y una invitación a cumplir mis obligaciones fiscales.





ÍNDICE de imágenes



Mi hombro gravio
Ío Vereda
8

Fragmentación
Manzana Verde
11



La mortadela
Carlos Sánchez Becerra
16

Sopor
Mr. Pulp
21



Insomnio
Dni
24



Noche nublada
Dni
26



Sueño sin more
Ilse Carolina
Navarrete Ibarra
27



Dentro de tu mente
Sandy Judith
Ramírez González
29



El sueño de Julio
Carlos Sánchez
Becerra
33